

IMPRESIONES DE UN GENERAL CONSTITUCIONALISTA CERCANO A LOS HECHOS

OBREGÓN Y CARRANZA IBAN A ROMPER EN 1915
Una revelación de gran trascendencia

El siguiente relato histórico, que constituye una página inédita de la Revolución mexicana, fue hecho a un redactor de los *Periódicos Lozano* por uno de los generales que estuvieron presentes en las conferencias efectuadas en las cercanías de León, Gto., en 1915, a bordo del carro especial del general Álvaro Obregón, jefe del Cuerpo del Ejército del Noroeste, y en los momentos en que eran preparados los planes para avanzar sobre el norte del país.

En los momentos en que el Ejército Constitucionalista avanzaba victorioso sobre la División del Norte, después del triunfo obtenido en Celaya, un documento que afectaba a las futuras relaciones entre México y Estados Unidos estuvo a punto de causar un rompimiento formal entre Carranza y el general Obregón.

Sólo la intervención amistosa de Rafael Zubarán Capmany y de Roberto Pesqueira evitó que los jefes revolucionarios, que después de la batalla de León continuaban abriéndose paso al norte del país, desconocieran al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y encargado del Poder Ejecutivo de la Nación.

La resolución para desconocer a Carranza fue aceptada en principio por los generales Álvaro Obregón, Manuel M. Diéguez, Francisco Murguía, Benjamín Hill y Francisco R. Serrano, el día 12 de mayo de 1915.

Cuando el señor Carranza, después de la peregrinación que hizo a través de la Sierra Madre desde el estado de Coahuila hasta el estado de Sonora, llegó a Hermosillo, donde fue recibido por el gobernador Maytorena y todos los jefes revolucionarios sonorenses, designó, como uno de sus primeros actos, a los miembros de su primer gabinete.

Entre los miembros de ese primer gabinete se encontraba Rafael Zubarán Capmany, quien fue encargado de la Secretaría de Gobernación. El licenciado Zubarán permaneció pocas semanas encargado de la cartera de Gobernación, ya que el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista lo nombró después agente confidencial de la Revolución ante el gobierno americano. Zubarán partió inmediatamente para Washington donde desde luego empezó a cumplir cerca del gobierno de la Casa Blanca las instrucciones que le había dado don Venustiano.

Los días terribles de la Revolución, cuando el gobierno del general Victoriano Huerta pareció inexpugnable, cambiaron bien pronto. Tres columnas poderosas, la primera al mando del general Pablo González; la segunda a las órdenes del general Francisco Villa y la tercera llevando como jefe al general Álvaro Obregón, avanzaron victoriosas por el oriente, centro y occidente del país, hacia la capital de la República. Las tres grandes puertas de la Ciudad de México –San Luis Potosí, Zacatecas y Guadalajara– quedaron en los primeros meses de 1914, en poder de las poderosas columnas constitucionalistas.

Fue así como la lucha iniciada a raíz de la muerte del presidente de la República Francisco I. Madero culminaba con la victoria de los revolucionarios.

La Ciudad de México fue ocupada por las fuerzas a las órdenes del general Álvaro Obregón. Tras la ocupación, don Venustiano Carranza estableció formalmente su gobierno provisional.

Mientras tanto, en Washington continuaba con el carácter de agente confidencial el licenciado Zubarán, luchando cerca del presidente Woodrow Wilson para que el nuevo gobierno fuera reconocido de facto.

Pero apenas instalado el señor Carranza en la capital de la República, una terrible división surgió entre los elementos victoriosos.

La convención de jefes revolucionarios instalada primero en la Ciudad de México y después en Aguascalientes, desconoció a Carranza como jefe de la

República y nombró un presidente provisional. Este acto constituyó el nuevo grito de guerra y las facciones, clasificadas como villistas o convencionistas, y carrancistas o constitucionalistas, se lanzaron una sobre la otra.

Mientras que el general Francisco Villa asumía el mando supremo de las fuerzas convencionistas, el señor Carranza nombraba jefe de su fracción militar al general Obregón. Éste, con una actividad sorprendente, pudo reunir grandes efectivos disponiéndose a dar la primera batalla a los villistas en la ciudad de Celaya. En la batalla de Celaya, considerada como una de las más grandes en el continente americano, la suerte favoreció al general Obregón.

Villa se vio en la necesidad de retroceder, primero a León y más tarde, después de los grandes combates en la plaza, a Aguascalientes y por fin, hacia el extremo norte del país.

Pero la batalla de Celaya había sido, sin duda, el primer paso dado por el Ejército Constitucionalista para afirmar nuevos y posteriores triunfos.

Lleno de ardor por el triunfo obtenido en el primer encuentro con los villistas, el general Obregón dispuso el avance hacia el norte, llevando como objetivo la plaza de León, Guanajuato.

JUNTA DE GENERALES

Desde que Obregón había iniciado la campaña contra los convencionistas, diariamente reunía a sus lugartenientes, para exponer y discutir los planes. Durante estas reuniones, a las que generalmente asistían Manuel M. Diéguez, Benjamín Hill, Francisco R. Serrano y Francisco Murguía, el jefe del Cuerpo de Ejército de Occidente explicaba serenamente todos sus proyectos; daba a conocer los efectivos diarios, el ánimo de la tropa, los elementos de que se disponía, y, finalmente, la situación en otras regiones del país.

Era casi siempre el general Serrano, jefe del Estado Mayor de Obregón, quien objetaba los planes de batalla expuestos por el jefe supremo de las operaciones. Las palabras de Serrano eran siempre escuchadas con interés porque se revelaba en todas las ocasiones como notable estratega.

Los planes eran objetados, por lo general, en primer término por los generales Murguía y Diéguez, pero la palabra final era dada siempre por Serrano.

El general Serrano parecía un matemático en los momentos solemnísimos cuando el futuro era discutido entre los jefes revolucionarios.

Las rupturas en el constitucionalismo

SERRANO HACÍA SIEMPRE GRANDES DEDUCCIONES DEL ORDEN MILITAR

Siendo jefe del Estado Mayor de Obregón, el general Serrano estaba al corriente de la condición de las tropas constitucionalistas y de la situación del enemigo. Muchas veces, cuando la discusión entre los jefes militares era más acalorada, el jefe de Estado Mayor, sereno, exponía todos sus puntos de vista, apoyados siempre en informes, y haciendo las más brillante deducciones en el orden militar. Obregón cuando presidía las reuniones aparecía sonriente, lleno de optimismo, haciendo alusiones humorísticas sobre algún suceso de la campaña, o bien contando un cuento de color subido, por lo regular.

Después de varios días de discusiones, los planes para que el Ejército Constitucionalista continuara su avance hacia el norte del país, quedaron aprobados definitivamente el 9 de mayo.

UNA REUNIÓN URGENTE

Al día siguiente, cuando iban ser dictadas las primeras órdenes, los jefes no pudieron menos que sorprenderse al ser citados con urgencia a una nueva reunión. A bordo del carro del ferrocarril, donde tenía establecido su cuartel general, el Jefe del Ejército del Noroeste reunió a sus lugartenientes, contándose entre ellos a Hill, Serrano Diéguez y Murguía y una media docena más.

—*Compañeros, por esta vez no haremos planes de guerra...* —dijo sonriente el general Obregón a sus subordinados.

—*Voy a darles cuenta* —agregó Obregón sin dejar de sonreír y tomando en sus manos varios papeles— *de un mensaje que acabo de recibir de Veracruz, del Primer Jefe, y sobre el cual ustedes deberán dar su opinión.*

Enseguida, pausadamente, dio lectura al mensaje en el cual el señor Carranza informaba que después de haber estado en Washington representando a la Revolución y con el carácter de agente confidencial, había llegado a Veracruz el licenciado Rafael Zubarán Capmany. El agente confidencial, añadía el mensaje, había dado cuenta de sus gestiones cerca del gobierno americano a fin de que el gobierno constitucionalista fuera reconocido.

Las gestiones del licenciado Zubarán, continuaba diciendo el mensaje aparentemente, no había tenido el resultado esperado, pero el agente confidencial había sugerido la conveniencia de que el Primer Jefe expidiera un manifiesto

dirigido al pueblo de los Estados Unidos, exponiendo los orígenes y los principios del movimiento constitucionalista.

“Pero antes de expedir ese manifiesto –terminaba diciendo el mensaje del Prime Jefe– he considerado oportuno someterlo a la consideración de los jefes revolucionarios, considerando la trascendencia en las futuras relaciones diplomáticas con los Estados Unidos.”

LO QUE DECÍA EL MANIFIESTO

Al terminar de leer el despacho de Veracruz, el general Obregón lanzó una mirada a sus oyentes, y tomando otros papeles, comentó:

—*Ahora conocerán el manifiesto que desea expedir el señor Carranza...*

Los jefes militares escucharon silenciosamente la lectura del documento. El general en jefe, en cada párrafo, hacía una grave pausa y miraba de reojo a sus lugartenientes.

El manifiesto empezaba por hablar de los principios que habían animado a la revolución de 1910 encabezada por Francisco I. Madero; luego condenaba con energía el movimiento llevado a cabo en la Ciudad de México por los generales Félix Díaz y Manuel Mondragón; continuaba con los más duros calificativos, hablando sobre el golpe de Estado dirigido por el general Victoriano Huerta, y al referirse a la trágica muerte del presidente Madero, hacía un elogio del “apóstol de la Revolución”.

Los orígenes de la revolución constitucionalista encabezada por el gobernador del estado de Coahuila eran ampliamente explicados. Adelante se daba cuenta de la actitud asumida por la Convención de Aguascalientes y el rompimiento con el general Francisco Villa. El programa y reformas de la revolución constitucionalista eran dados a conocer en sus aplicaciones y efectos.

Terminaba el manifiesto suscrito por el Primer Jefe y Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación, ofreciendo todo género de garantías a los intereses y vidas de los ciudadanos americanos residentes en México. Los últimos párrafos ofrecían indirectamente concesiones a Estados Unidos, en caso de que el gobierno de Veracruz fuera reconocido por la Casa Blanca.

Al terminar la lectura del documento, el general en jefe dijo secamente:

—*Ahora, compañeros, conforme a los deseos del señor Carranza, ustedes tienen la palabra.*

Las rupturas en el constitucionalismo

OPINA EL GENERAL HILL

Un sordo rumor siguió a la insinuación del general Obregón, quien cambió varias palabras casi al oído con el general Serrano, quien se encontraba a su lado. Obregón insistió:

—*Bueno, compañeros, estoy a la espera de sus opiniones.*

El general Benjamín Hill se puso de pie y con tono enérgico, dijo:

—*Compañero: Si el señor Carranza expide ese manifiesto, entregará a México a los Estados Unidos. El pueblo americano es nuestro vecino y, necesitando de sus relaciones, debemos explicar nuestros propósitos; pero someternos a la Casa Blanca con tal de obtener el reconocimiento para el gobierno constitucionalista, es indecoroso.*

Nervioso, el general Manuel M. Diéguez contestó a Hill:

—*Compañero, creo que usted ha ido demasiado lejos en sus apreciaciones; el Primer Jefe ha dado ya demasiadas pruebas de acendrado patriotismo y es injusto creer que pretenda ponernos bajo la tutela de los Estados Unidos. La última parte del manifiesto, en realidad, se presta a malas interpretaciones; pero considero que el señor Carranza, al someterlo a nuestro parecer, es que está dispuesto a hacer las modificaciones que sean necesarias.*

—*Y si no las hace... ¡ya veremos!* —añadió el general Hill, a media voz.

—*¡No creo que necesitemos llegar a la amenaza, compañero!* —repuso rápidamente el divisionario Diéguez— *Debemos limitarnos a dar nuestra opinión al Primer Jefe.*

—*¿Y si no nos escucha?* —insistió Hill.

—*¿Por qué se empeña usted en creer que no nos escuchará?* —interrogó el general Murguía.

Intervino el general Serrano, proponiendo que los revolucionarios suscribieran un mensaje en el que se diera a conocer al señor Carranza la opinión de los asistentes a la reunión. La proposición fue aceptada por unanimidad, aprobándose el texto del mensaje al Primer Jefe.

Cuando el mensaje fue aprobado, el general Obregón, acercándose al general Hill, le dijo:

—*Oye, Benjamín, acércate que te voy a contar un cuento que cae a propósito de este incidente.*

Los dos generales se retiraron a un rincón del carro, estallando momentos después una fuerte carcajada de Hill, quien decía, con voz ahogada por la risa:

—*¡Qué oportuno eres, Álvaro! ¡Qué oportuno!*

A pesar de que la crisis pareció solucionada durante la reunión efectuada a bordo del carro especial del general en jefe, ese mismo día, ya tarde, se reunieron numerosos jefes revolucionarios.

Las resoluciones tomadas en esa junta secreta, en la que volvió hacer discutido el proyecto manifiesto al pueblo americano que había de firmar don Venustiano Carranza, jamás fueron conocidas. Sin embargo, desde ese momento, entre los lugartenientes del jefe del Cuerpo del Ejército del Noroeste la idea de desconocer al señor Carranza como jefe de la Revolución, en caso de que no aprobara las modificaciones al manifiesto, fue tomando cuerpo.

Veinticuatro horas después de la reunión efectuada el día 10 de mayo, el general Álvaro Obregón citó a una nueva junta a los mismos jefes militares.

—*Aquí está la respuesta del señor Carranza* —dijo Obregón, mientras que con una mano alisaba el mensaje extendido sobre la mesa; con los dedos de la otra hacía escalas.

El mensaje de don Venustiano decía: “Llevando instrucciones salen hoy de este cuartel general los señores licenciados Rafael Zubarán Capmany y Roberto V. Pesqueira.” Zubarán Capmany y Pesqueira llegaron al cuartel general de Obregón el día 20 de mayo.

En los días que siguieron a la reunión y mientras continuaban llevándose a cabo los preparativos para el avance de las fuerzas constitucionalistas —que habría de culminar con los combates de Trinidad, donde perdió el brazo el 5 de junio el general en jefe—, la excitación entre los jefes revolucionarios, como consecuencia del documento internacional, había sido enorme.

Los rumores de que el Cuerpo de Ejército del Noroeste desconocería al señor Carranza como Primer Jefe de la Revolución en caso de que no reformara el manifiesto, habían sido propalados insistentemente en el campo revolucionario.

En pláticas íntimas, los generales Hill, Serrano y otros no ocultaban que la expedición del manifiesto, tal y como estaba redactado, subordinaría en el futuro la política mexicana al gobierno de Washington.

Pero la llegada de Zubarán y Pesqueira calmó un tanto la ansiedad que reinaba en los momentos que era preparada la gran batalla contra los villistas.

Después de celebrar una larga conferencia con el general en jefe, los representantes de don Venustiano asistieron a una reunión, en la que se encontraban presentes los jefes militares que habían impugnado el manifiesto.

Las rupturas en el constitucionalismo

Con gran frialdad escucharon los jefes revolucionarios las primeras explicaciones del licenciado Zubarán, quien aseguró que el Primer Jefe se había sentido ofendido al saber que los líderes militares lo habían considerado capaz de “cometer una traición a la patria”.

Zubarán indicó que el manifiesto había sido escrito por él, a petición del señor Carranza, y basándose en los puntos esenciales que le había ordenado el Primer Jefe. Cuando Zubarán aseguró haber sido el autor del manifiesto, los asistentes a la reunión parecieron tomar confianza.

—Claro —terminó diciendo el licenciado— *que los últimos puntos del manifiesto se prestan a malas interpretaciones, y el señor Carranza me ha instruido a fin de que sean modificadas en el sentido que ustedes lo indiquen.*

Fue el general Serrano el comisionado para expresar los puntos de vista de los jefes revolucionarios.

Zubarán hizo algunas aclaraciones, insistiendo en la necesidad de dar a conocer la política que la revolución constitucionalista seguiría, al triunfo, con los Estados Unidos. Pero Serrano, insistiendo en nombre de sus compañeros, expuso los finales argumentos para que los últimos párrafos del manifiesto fueran modificados.

Ante la insistencia de los líderes del Cuerpo de Ejército del Noroeste, el documento que estuvo a punto de causar una profunda división en las filas revolucionarias, fue al fin reformado.

Los peligros de que don Venustiano Carranza hubiera sido desconocido por los miles de hombres que avanzaban victoriosos sobre las fuerzas del general Francisco Villa, y de que la revolución constitucionalista hubiera asegurado su victoria definitiva con compromisos con el gobierno americano, quedaron conjurados.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 21 de septiembre de 1930, año v, núm. 6, pp. 3, 10.